El poder de la oración

¿Puede la oración cambiar realmente algo?

Predicación de Hans-Jörg Ronsdorf

Dios mismo ha dado a la oración su importancia y se ha comprometido con la oración de sus hijos, de modo que el curso de las cosas puede cambiar. Ejemplos: Ez 22:29-31; Sal 106:23; Éx 32:10-14. En tiempos de Ezequiel faltó la intercesión. La falta de oración tiene consecuencias negativas. La oración habría detenido el juicio. Moisés oró, y el juicio fue evitado.

Jesús y la oración: En la tierra no se hace la voluntad de Dios. Al menos no en todas partes. Por eso debemos orar para que se haga su voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. La oración ayuda a que se haga la voluntad de Dios, más que si no oramos por ello.

John Wesley lo dijo de forma un poco exagerada: «Dios no hace nada sino en respuesta a la oración». Dios responde de manera extraordinaria a las oraciones de los suyos, por ejemplo, Moisés junto al mar Rojo o la prolongación de la vida de Ezequías. ¡La oración del justo puede mucho! (Stg 5:16)

La necesidad de la comunicación entre Dios y el ser humano: Dios quiere tener una relación personal con nosotros. Eso solo es posible mediante la comunicación, así como entre las personas no hay comunión sin comunicación. Dios ha hecho el mundo de tal manera que mucho de lo que sucede tiene que ver con nuestra comunicación con él.

La oración y la autoridad moralmente responsable: Dios ha hecho el mundo de tal manera que no solo él nos influye a nosotros, sino que también nosotros le influimos a él. Dios quiere que su voluntad se haga en la tierra. Actúa por medio de representantes: los seres humanos, creados a su imagen, han de gobernar la tierra. ***La oración es una forma espiritual, invisible y provisional de gobernar: oramos por cosas que han de suceder aquí en la tierra. Es un gobernar junto con él cuando estamos de acuerdo con él en la oración.***

La urgencia de la oración: Dios toma en serio la oración; se compromete con ella igual que con la libertad de decisión y con la estabilidad del mundo. Realmente es así: mucho depende de si el pueblo de Dios ora o no; algunas cosas solo suceden si ora. Dios mismo lo ha dispuesto así: la oración es una variable decisiva que determina lo que Dios puede o no puede hacer en una situación concreta.

Urgencia y límites: Se puede sacar la conclusión equivocada de que todo depende de nuestra oración. Hace falta un equilibrio en cómo ejercemos nuestra responsabilidad. En la vida natural pasa lo mismo. Podríamos orar por un millón de cosas, pero nuestro tiempo es limitado. Por eso incluso es bueno orar para saber en qué debemos concentrar nuestra oración. ***Necesitamos un equilibrio entre la suposición de que todo depende de nuestra oración y la suposición de que nada depende de ella.***

¿Por qué hay oraciones sin respuesta? Oramos, y Dios responde en el contexto de una creación inmensamente compleja que sufre bajo una guerra cósmica. ***La oración marca allí una diferencia.*** Pero la oración no es lo único que determina el mundo. También están los muchos ángeles y seres humanos que tienen una voluntad irrevocablemente libre, y las leyes de la na-

turaleza que garantizan un mundo estable. Dios lo respeta; él lo quiso así. Pero no tenemos idea de cómo se relaciona la variable de nuestra oración con las demás, es decir, de cómo Dios las maneja a partir de nuestras oraciones. Nuestras oraciones serán respondidas, pero a menudo no como nos lo imaginamos.

Variables que influyen en la eficacia de la oración, reglas que Dios mismo da:

La voluntad de Dios: No es la única variable, pero sí la más fundamental. Pedir conforme a su voluntad es la condición para ser escuchados (1 Jn 5:14; Mt 26:39; 2 Co 12:7). Pero la voluntad de Dios no siempre significa la voluntad ideal de Dios o su plan perfecto. El aguijón en la carne no era ideal, pero para Pablo era mejor tenerlo. ¡Lo guardaba del orgullo! ¿Será que algunas de nuestras oraciones no son respondidas porque la respuesta nos haría orgullosos? El que las oraciones no sean respondidas no tiene por qué deberse a la voluntad de Dios (si una persona por la que oro no se convierte, Dios sí quiere su conversión, pero respeta el no de esa persona).

La fe de la persona por la que se ora: Por la incredulidad de Nazaret, Jesús solo pudo hacer allí pocos milagros (Mr 6:5-6). Varias veces Jesús dijo a los sanados: «Tu fe te ha sanado» (Mt 9:22; Mr 10:52; Lc 17:19). Pero no podemos generalizar a la inversa: si la sanidad no llega, no se debe necesariamente a la falta de fe. Puede haber muchas razones, para nosotros insondables, de por qué una oración no fue respondida. ¡Pero la fe de la persona por la que se ora es una variable!

La fe de los que oran: Lc 5:20: el paralítico bajado por el techo; Mt 8:13: el centurión; pero también Mr 9:14-29: los discípulos no pueden expulsar al demonio. Véase también Stg 1:6-7. Sin embargo, por regla general, una oración sin respuesta no significa que no se tuviera fe. Es un principio que la fe hace más eficaz la oración, pero no una regla de que siempre sea respondida.

La oración perseverante: En la vida visible hay tareas que requieren constancia y tiempo. Lo mismo ocurre en la vida de oración (Lc 11:5-8; 18:1). La oración no es magia, sino trabajo espiritual. Debemos orar como si necesitáramos algo con mucha urgencia. Sin cesar (1 Ts 5:17). Si una oración no es respondida, no significa necesariamente que hayamos orado demasiado poco. Pero tampoco es una garantía de que será respondida si oramos mucho tiempo. Es un principio, no una garantía de cumplimiento, porque intervienen muchos factores.

El número de personas que oran por algo: Algunos trabajos en el ámbito natural no se pueden hacer solo, o tardarían demasiado. Lo mismo pasa en el ámbito espiritual. Por eso pedimos a la iglesia que ore por algo. Dos o tres se ponen de acuerdo (Mt 18:19); la congregación oró (Hch 4:24). El número da a la oración otra dimensión que cuando uno ora solo. No es una regla, sino un principio.

La libre voluntad del ser humano: El infierno es la prueba seria de que Dios toma en serio la voluntad del ser humano. Creó a las personas de tal manera que ellas mismas deciden, y Dios respeta esa voluntad. Dios no pasa por encima de esa voluntad cuando oramos por la conversión de alguien; de lo contrario, todos serían salvos. Pero nuestra oración aumenta la obra del Espíritu en esas personas. El poder divino no obliga, sino que convence: ¡y su poder es amor!

La libre voluntad de los ángeles: Los ángeles pueden influir en la respuesta a las oraciones. Daniel tuvo que esperar hasta que llegó el ángel, que había sido detenido por otro. No era el momento de Dios, sino resistencia y lucha espiritual en el mundo invisible (Dn 10:12-13). Satanás impidió que Pablo visitara a los tesalonicenses, aunque oraba por ello (1 Ts 2:18; 3:10). Las potestades influyen en que la oración sea respondida o impedida. Pueden ser la razón de que una oración no sea respondida, y entonces no deberíamos atribuírselo a Dios.

El número y el poder de los seres espirituales: Como en el mundo visible, la lucha espiritual también tiene que ver con estas características. Los ángeles se ayudan unos a otros, porque eso marca una diferencia (Dn 10:13). El criado de Eliseo vio la multitud de ángeles que vinieron en ayuda (2 R 6:16-17). Un hombre no tenía un solo demonio, sino muchos, que Jesús expulsó (Mr 5:1-9). Los discípulos no pudieron expulsar a un demonio fuerte (Mr 9:14-29). Siete espíritus regresan (Lc 11:24-26). No tenemos por qué temer, porque el que está en nosotros es mayor que el espíritu del mundo (1 Jn 4:4).

El pecado: Donde hay pecado conocido, enemistad o falta de disposición a perdonar, hay que hacer frente al pecado: hay que dejarlo y confesarlo, para que, como justos, podamos volver a orar con eficacia.

¿Cómo podemos vivir como cristianos en esta zona de guerra, con mil preguntas y oraciones sin respuesta?

Poner los ojos en Jesús, ¡no formar nuestra imagen de Dios a partir de nuestras experiencias!

¡Dios está con nosotros y a nuestro lado! ¡Siempre!

Dios puede sacar algo bueno para nosotros de cada situación y de cada sufrimiento (aunque él no haya causado el mal).

No hacer la pregunta del POR QUÉ, que nadie puede responder, sino ponernos en contra del sufrimiento y del mal, no aceptarlo. ¡Así como lo hizo Jesús!

¿Cómo podemos vivir y encontrar el camino correcto y las decisiones correctas? ¡Viviendo y siendo guiados por el Espíritu que habita en nosotros!

¡Vivir en la esperanza de la nueva creación! ¡Todo sufrimiento pasará! ¡Pronto!

Muchos de los pensamientos de esta predicación se los debo a Gregory A. Boyd.